

AUGE Y DECADENCIA DE LOS IMPERIOS: EL CASO DE LOS ESTADOS UNIDOS

VÍCTOR BULMER-THOMAS

Esta conferencia trata sobre los Estados Unidos como un imperio: sus orígenes territoriales poco después de su nacimiento como un Estado-nación, su consolidación como un proyecto semi-global después de la Segunda Guerra Mundial y su actual decadencia como imperio. Dado que voy argumentar que las principales razones de este cambio son internas y no externas, las implicaciones pueden tener efectos positivos: Estados Unidos no será tan importante en el mundo como antes, pero su nuevo papel será más consistente con las aspiraciones de la mayoría de sus ciudadanos.

¿Los Estados Unidos son un imperio? Todavía hay en el país muchos negadores de su estatus imperial que sostienen que Estados Unidos surgió en oposición al imperio, y por lo tanto fue antiimperialista desde su nacimiento. Su origen republicano excluyó las implicaciones de un imperio: un emperador o monarca constitucional. Argumentan, pues, que una nación comprometida con la libertad nunca podría aceptar el estatus subordinado asignado a los sujetos en los sistemas imperialistas.

Sin embargo, ha habido tres momentos desde el inicio de la Guerra de Independencia en 1775, cuando el estatus imperialista del país ha sido ampliamente aceptado. El primero corresponde a la generación de los Padres Fundadores, para quienes la “república” y el “imperio” no eran contradictorios y, por lo tanto, usaban el término “imperio” libremente. El segundo corresponde al período posterior a 1898, cuando los Estados Unidos tomó posesión de numerosas antiguas colonias españolas. El tercero coincide con el momento “unipolar” después de la Guerra Fría, cuando los Estados Unidos ya no enfrentaba lo que afirmaba haber sido una amenaza existencial.

Entre estos tres momentos, hubo largos períodos en que la idea de los Estados Unidos como un imperio parecía ajena a la mayoría de los estadounidenses. Sin embargo, en realidad, los Estados Unidos ha sido un imperio desde 1783, cuando firmó el Tratado de París, adquiriendo en el proceso un vasto territorio sobre el cual ninguna de las antiguas trece colonias habían ejercido soberanía, y que estaba habitado por otros pueblos. De hecho, los arreglos adoptados para estas tierras recién adquiridas encajan muy bien en la más estrecha definición de imperio empleada en el Oxford English Dictionary:

“An extensive territory under the control of a supreme ruler...., often consisting of an aggregate of many separate states or territories. In later use also: an extensive group of subject territories ultimately under the rule of a single sovereign state.”¹

A medida que los territorios se convirtieron gradualmente en estados (muchos de los cuales tuvieron que esperar más de 50 años para hacerlo), la dimensión territorial del imperio estadounidense se hizo menos importante, aunque todavía no ha desaparecido por completo (por ejemplo, Puerto Rico). En su lugar surgió un imperio que no estaba limitado geográficamente, y que yo llamo un imperio “semi-global”. Este imperio es diferente a su predecesor territorial. Se basa mucho más en el control institucional y en la influencia de los actores no estatales, aunque debe ser capaz de respaldar esto con la fuerza militar para ser creíble. En las palabras de Charles Maier, tal vez el principal erudito del imperio americano:

“Empire does not mean just the accumulation of lands abroad by conquest. And it does not mean just the imposition of authoritarian regimes on overseas territories. Empire is a form of political organization in which the social elements that rule in the dominant state—the ‘mother country’ or the ‘metropole’—create a network of allied elites in regions abroad who accept subordination in international affairs in return for the security of their position in their own administrative unit (the ‘colony’ or, in spatial terms, the ‘periphery’)... They intertwine their economic resources with the dominant power, and they accept and even celebrate a set of values and tastes that privilege or defer to the culture of the metropole.”²

La definición de Meier llama la atención sobre un punto importante que a menudo se olvida en los debates sobre el imperio estadounidense: el papel de las élites extranjeras. Incluso si todos los ciudadanos estadounidenses negaran que su país fuese un imperio, por muy improbable que fuera, su estatus seguiría siendo un punto discutible si las élites en otras partes del mundo siguieran tratándolo como si lo fuera. En otras palabras, hay dos lados del imperio estadounidense y ambos deben tenerse en cuenta.

El imperio estadounidense alcanzó su primer centenario en el decenio de 1880, cuando la frontera estaba cerrada. En ese momento, 38 Estados se habían adherido a la Unión. Esto dejó todavía un gran imperio territorial fuera de la Unión, a los que debían añadirse muchos protectorados y estados clientes cuyo número crecería significativamente en los próximos años. Aunque no tan grande como el imperio británico o el imperio ruso en términos de territorio, Estados Unidos era, sin embargo, muy extenso, y se colocó en una posición fuerte cuando enfrentó disputas con imperios rivales.

Por supuesto, ninguna definición por sí sola puede persuadir a todos los escépticos de que Estados Unidos ha sido, y sigue siendo, un imperio. El secretario de Defensa Donald Rumsfeld, por ejemplo, respondió a un reportero extranjero en 2003:

*“We don’t seek empires. We’re not imperialistic. We never have been. I can’t imagine why you’d even ask the question.”*³

Desde que las tropas norteamericanas comenzaron su larga ocupación de Irak en el momento en que pronunció estas palabras, Rumsfeld claramente tenía en mente una definición muy estrecha de imperio que implicaba el control político permanente y directo de la “periferia” sin la cooperación de las élites extranjeras. Sin embargo, esta es una definición que la mayoría de los estudiosos de hoy consideran demasiado restrictiva, ya que ignora la flexibilidad con la que los imperios siempre han operado.

Los estadounidenses están dispuestos a admitir que Estados Unidos ocupa una posición “hegemónica” en el mundo, pero muchos aún no están dispuestos a llamarlo “imperio”. Arthur Schlesinger Jr, por ejemplo, afirmó en 2005:

*“Of course we enjoy an informal empire - military bases, status-of-forces agreements, trade concessions, multinational corporations, cultural penetrations, and other favors. But these are marginal to the subject of direct control.... In their days of imperial glory, Rome, London, Paris, despite slow and awkward lines of communication, really ruled their empires. Today communication is instantaneous. But despite the immediacy of contact, Washington, far from ruling an empire in the old sense, has become the virtual prisoner of its client states.”*⁴

Dejando a un lado la ambigüedad de Schlesinger aceptando que Estados Unidos tiene “estados clientes” mientras que niega su estatus imperial, está claro que también tiene en mente una definición estrecha de imperio que implica el control político de los estados ejercido a través de los funcionarios metropolitanos en lugar de las élites extranjeras. Sin embargo, los imperios a los que se refiere -el romano, el británico y el francés- también usaban formas indirectas de control sobre otros territorios donde les convenía y no dudaban en intervenir cuando era necesario.

Las citas de Rumsfeld y Schlesinger son representativas de los negadores del imperio de los Estados Unidos que desean luchar contra esas legiones de autores que afirman que Estados Unidos después de la Guerra Fría, y especialmente después de los ataques terroristas del 9/11, se había convertido en la nueva Roma y necesitaba aceptar su carga imperialista con buena gracia. Estos “entusiastas imperialistas”, como se les ha llamado, incluyen tanto a sujetos como a ciudadanos del imperio que demuestran una vez más la importancia de las élites extranjeras.

Los entusiastas imperialistas han tratado de despojar a la palabra “imperio” de sus connotaciones peyorativas, pero todavía le daban un contenido normativo. También lo hicieron sus oponentes, los críticos del imperio estadounidense, para quienes el imperio conduce a la corrupción de los valores democráticos y es en última instancia autodestructivo. Por lo tanto, todos los participantes en el debate del imperio moderno han tendido a definirlo como algo “bueno” o “malo”, en lugar de abordarlo objetivamente.

Ese no fue siempre el caso. En su libro *The Tragedy of American Diplomacy*, publicado por primera vez en 1959, William Appleman Williams empleó una noción de imperio que -argumentó- reflejaba con

mayor precisión el camino de la historia de Estados Unidos desde la independencia. La tesis de Williams fue objeto de ataques y contraataques por numerosos especialistas, pero el concepto de imperio sobrevivió e incluso llevó a la fundación de una escuela de historia diplomática en Wisconsin, un privilegio poco común para un erudito.

Gracias al trabajo pionero de Williams, la historia imperialista ahora tiene un lugar en la corriente principal de la vida académica en los Estados Unidos. De hecho, hay incluso un proyecto del imperio estadounidense que produce una amplia gama de publicaciones en asuntos contemporáneos de los Estados Unidos. Y el “imperio” ha penetrado en el léxico cotidiano no sólo de los estudios culturales y revistas esotéricas, sino también de los negocios y los medios de comunicación. Mientras tanto, en el resto del mundo la frase “imperio americano” nunca ha pasado de moda.

¿Por qué Estados Unidos se convirtió en un imperio tan pronto después de su nacimiento como estado independiente? No fue obligado a hacerlo, la mayoría de los países que se hicieron independientes más tarde elegiría un camino diferente. No fue arrastrado a un papel imperialista por los colonos hambrientos de tierra, aunque algunos han tratado de argumentar que este era el caso. No adquirió un imperio en un ataque de distracción, como se ha afirmado para Gran Bretaña. Y al principio no necesitaba un imperio para apoyar su modelo de capitalismo.

Estados Unidos nació en una época imperialista. Los países independientes que aspiraban a la grandeza por lo tanto necesitaban definirse como imperios. Los Padres Fundadores, sin dudar nunca de la grandeza potencial del nuevo estado, hablaron con una sola voz sobre el destino imperialista del país, al igual que sus homólogos de Brasil y México unos años más tarde. Los poderosos estados europeos eran los mismos, con Alemania e Italia buscando imperios poco después de la unificación hacia fines del siglo XIX.

Se suponía que los imperios conferían ventaja comercial, proporcionaban influencia política y daban forma a la dinámica internacional. Los imperios británico, holandés, francés y ruso lograron esto en gran medida y proporcionaron modelos útiles para otros aspirantes. Sin embargo, el éxito imperialista no pudo lograrse sin proezas militares, destrezas diplomáticas y crecimiento económico. Que el proyecto tuvo éxito en los Estados Unidos, mientras que fracasó en muchos otros imperios aspirantes, fue una consecuencia de la resolución y firmeza del modelo estadounidense en el primer siglo después de la independencia.

El imperio estadounidense alcanzó su segundo siglo en la década de 1980 cuando la Guerra Fría estaba terminando. No era ya un imperio basado principalmente en el territorio, esta fue una vasta empresa semi-global (nunca incluyó la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas) que colocó al estado estadounidense en una posición privilegiada en el mundo, en virtud de su control sobre importantes instituciones mundiales y el apoyo recibido por una serie de poderosos actores no estatales. Y el inminente colapso de la Unión Soviética planteó la perspectiva temporal de un imperio que tendría un alcance verdaderamente mundial.

Hoy el imperio estadounidense tiene un aspecto muy diferente. Cuando llegue a su 250 aniversario en veinte años, todavía estará en funcionamiento. Sin embargo, será una pálida sombra de su antiguo ser. El retiro del imperio continuará y los contornos de un nuevo orden mundial se habrán hecho más evidentes. Estados Unidos todavía puede estar en el centro, pero será un espacio mucho más ocupado. El imperio puede tener las mismas bases, pero dejará de ser semi-global.

En tanto el imperio se retire, la importancia del estado-nación se intensificará. La línea entre los dos se volverá menos borrosa. Lo que es bueno para la preservación del imperio puede no ser tan bueno para el estado-nación, un tema que se escuchó repetidamente en las elecciones presidenciales de 2016. Los presidentes futuros pueden ser más cautelosos que Donald Trump en su demanda por “América First”, pero van a expresar los mismos sentimientos con diferentes palabras. Si no lo hacen, ellos no serán electos.

Es poco probable que el imperio estadounidense llegue a su aniversario tricentenario. Por entonces los Estados Unidos se habrán convertido en un estado-nación sin vocación imperialista, que puede o no puede estar en paz consigo mismo. Desprenderse de la piel imperialista adquirida durante décadas, incluso siglos, nunca es indoloro, y América está experimentando ese dolor hoy. Sin embargo, eventualmente puede ser una experiencia liberadora, como han descubierto los ciudadanos de otros imperios antiguos. Y si la retirada del imperio es principalmente por razones internas más que debido a las presiones externas, como es el caso en Estados Unidos, aumenta las posibilidades de una transición exitosa.

Si el tricentenario del imperio estadounidense no se materializa, ya es evidente que el imperio habrá logrado una larga vida antes de que finalice. 250 años, seguramente el mínimo que el imperio estadounidense va a perdurar, es todavía un período considerable de tiempo. Entre los casi 200 imperios registrados en la historia, aproximadamente dos tercios terminó antes de llegar a los 250 años. Y entre los más duraderos, la mayoría se redujo a asuntos bastante débiles antes del final. El imperio estadounidense en contraste todavía tiene cierto vigor incluso si su retiro ya ha comenzado. Y ha sobrevivido a todos los imperios europeos con los que ha tenido que competir en sus primeros años.

La trayectoria imperialista de los Estados Unidos no estaba predeterminada, pero no fue especialmente controvertida. Los Estados Unidos de América adquirió por tratado, tras hábil negociación, una masa de tierra que duplicó el tamaño de facto de las trece colonias. En teoría, los Fundadores podrían haber otorgado autonomía a los indígenas y otras poblaciones en estos territorios o incorporarlas de inmediato en la Unión. Sin embargo, ningún partido o facción favoreció esto y por eso no es de extrañar que los territorios se convirtieran en colonias tradicionales.

Las últimas colonias del continente se sumaron a la Unión en 1912 (1959 si incluimos a Alaska), de modo que el imperio continental sobrevivió mucho tiempo. La mentalidad imperialista quedó profundamente enraizada y promovió las ideas de expansión que empujó el imperio “offshore” (“ultramar”) mucho antes de la guerra Hispano-Americana en 1898. Esta expansión “offshore” fue más polémica que la expansión continental. Fue complicado al principio por la cuestión de la esclavitud y más tarde por los problemas del racismo y la protección de los intereses nacionales. Sin embargo, nunca se revirtió, y las colonias simplemente se convirtieron en protectorados estadounidenses cuando su estatus colonial terminó en aquellos casos raros donde la descolonización estaba permitida (por ejemplo, Las Filipinas).

La expansión “offshore” del imperio era también una elección. El Gobierno Federal podría haber sobrevivido sin las colonias de ultramar, sin tratados de privilegios en los puertos chinos, sin tratados desiguales con algunos estados del Pacífico, sin poderes de intervención en algunos países de América Latina o ventajas comerciales en el Caribe. Sin embargo, esta no era la manera en que operaron los estados que se veían a sí mismos como grandes potencias. En una edad de preferencias imperiales, una gran nación comercial como los Estados Unidos necesitaba un imperio “offshore” para contrarrestar lo que se veía como una desventaja comercial y contrarrestar las ambiciones geopolíticas de algunos estados europeos.

La expansión imperialista en ultramar podría ser, por tanto, justificada como la defensa de los intereses nacionales. El imperio construido después de la Segunda Guerra Mundial, sin embargo, debía justificarse en una manera diferente. Este imperio, sobre la base de instituciones mundiales y regionales con el apoyo de poderosos actores no estatales, había tomado forma incluso antes de que la Guerra Fría comenzara, así que inicialmente su razón de ser no fue derrotar al comunismo internacional. Sólo los Estados Unidos, se adujo, podría proporcionar los bienes públicos globales que el mundo necesitaba, ya que era el único país del mundo en el que se podía confiar que no siguiera una agenda egoísta basada en un seguimiento estrecho del interés propio.

Esto puede haber sido auto-engaño del más alto orden, pero muchos países paralizados por la guerra eran muy felices de que los Estados Unidos realizara esta función. Es posible que no hayan estado plenamente convencidos de que las intervenciones estadounidenses fueron, a diferencia de otros países, motivadas exclusivamente por actuar como “force for good” (“fuerza para el bien”), pero estaban dispuestos a aceptar gran parte de la ideología del excepcionalismo estadounidense que siempre ha respaldado el proyecto imperialista. Y en el propio Estados Unidos la creencia en el carácter excepcional del país estaba en su apogeo cuando la Segunda Guerra Mundial llegó a su fin.

El imperio estadounidense está ahora en retirada. De hecho, ha estado en retiro durante algún tiempo. Sin embargo, esto no significa que el Estado-nación está en declive. Esta afirmación no puede hacerse con suficiente firmeza. Quienes confunden retiro imperialista con la declinación del Estado-nación han podido denegar el primero en vista de la fortaleza de este último. Sin embargo, retiro imperialista no es lo mismo que retroceso nacional, como muchos otros países pueden dar testimonio. De hecho, la decadencia imperialista puede fortalecer el estado-nación tal como la expansión imperialista puede debilitarla. Todo depende de cómo y por qué se ha llegado al retiro imperialista.

No hay un único momento en el cual podemos decir que el imperio estadounidense ha comenzado su retirada ni hay una causa simple unidimensional. Comenzó mucho antes de que las presiones externas se hicieron fuertes, aun cuando estas sean una parte importante de la explicación en la actualidad. El

comportamiento económico es parte de la explicación, pero no es todo. La creciente dificultad de utilizar las instituciones internacionales construidas por los Estados Unidos para promover una agenda estadounidense es otro factor. La fractura del consenso a favor del imperio entre los principales actores no estatales ha sido también significativa, al igual que la creciente naturaleza disfuncional del sistema político. Por encima de todo, y como reflejo de todas las demás consideraciones, ha estado el cuestionamiento del mito del excepcionalismo estadounidense. Y, como consecuencia de todas estas cosas, los gobiernos de los Estados Unidos han encontrado más difícil ejercer el tipo de liderazgo que se espera de un imperio semi-global.

Durante las tres primeras décadas después de la Segunda Guerra Mundial, el desempeño de la economía estadounidense igualó las ambiciones imperialistas del estado. Se ampliaron los recursos para atender no sólo a las exigencias internacionales del gobierno federal, sino también los sueños materialistas de los ciudadanos. La economía de los Estados Unidos no fue la economía de más rápido crecimiento en el mundo, pero estaba creciendo lo suficientemente rápido para que cualquier conversación sobre su declive relativo –sin mencionar decadencia absoluta– pareciera absurda.

Desde mediados de la década de 1970 todo esto ha cambiado. La relativa decadencia es evidente para todos excepto para los más ciegos. Una caída en términos absolutos nunca ha ocurrido, excepto por periodos muy cortos, pero la distribución del pastel nacional ha cambiado drásticamente. Muchos ciudadanos, incluidos los miembros de la legendaria clase media, han luchado para adaptarse en la medida que su participación en el ingreso nacional ha disminuido. Y los más pobres de la sociedad se han enfrentado a dificultades reales. Los desequilibrios de la economía estadounidense, incluidos los déficits comerciales y presupuestarios, no han conducido a una gran mejora en la infraestructura, la salud o la calidad de la educación, sino que han puesto cada vez más estrictas restricciones sobre qué pueden hacer las autoridades.

Los Estados Unidos todavía pueden tener las mayores fuerzas armadas en el mundo, capaces de disuadir a los enemigos, y la imposición de una enorme destrucción de aquellos que se encuentren en su camino, pero las intervenciones militares por sí solas no pueden sostener un imperio semi-global basado, principalmente, en las instituciones y los actores no estatales. En cambio, “hard power” (“el poder duro”) se sienta incómodamente junto a una ciudadanía que es cada vez más escéptica sobre las aventuras en el exterior y un mundo que no está dispuesto a unirse tras las intervenciones estadounidenses. “Coalitions of the willing” (“las coaliciones de los dispuestos”) no son un sustituto para la intervención militar basada en un consenso nacional y respaldado por la fuerza del derecho internacional.

Las instituciones mundiales y regionales construidas por los Estados Unidos después de la Segunda Guerra Mundial aún están en existencia, pero el Gobierno Federal considera que es cada vez más difícil de utilizar estas instituciones para diseñar un mundo a su propia imagen. En cierta medida, esto es inevitable, a medida que las organizaciones fueron construidas en un momento en el que había alrededor de cincuenta estados independientes en lugar de casi 200 como es el caso hoy en día. Sin embargo, también se debe a la ambivalencia de los Estados Unidos sobre el papel desempeñado por las leyes y tratados internacionales en materia de gobernanza global. No dispuesto a comprometerse plenamente a estas instituciones, especialmente las Naciones Unidas, los Estados Unidos han sido remisos a permitir las reformas necesarias que les permitan funcionar más eficazmente. Como resultado, el resto del mundo ha encontrado maneras de burlar estas mismas instituciones y es, por tanto, más capaz de resistir a la presión estadounidense.

Actores no estatales ya no desempeñan la misma función de apoyo en nombre del imperio estadounidense como antes. Los medios de comunicación son mucho más fragmentados, las fundaciones filantrópicas son más independientes, los think-tanks son menos subordinados y las iglesias se han vuelto más partidistas. Por encima de todo, muchas de las empresas multinacionales han pasado a ser verdaderamente mundiales y ya no se sienten comprometidos con el imperio estadounidense en la manera en que lo hacían antes.

Consideremos, por ejemplo, el “manifiesto” publicado por Mark Zuckerberg (CEO de Facebook) en febrero de 2017. Dirigido a “nuestra comunidad”, más que a los ciudadanos de los Estados Unidos, describió una visión en la que al gobierno federal nunca se le mencionó:

*“Our greatest opportunities are now global -- like spreading prosperity and freedom, promoting peace and understanding, lifting people out of poverty, and accelerating science. Our greatest challenges also need global responses -- like ending terrorism, fighting climate change, and preventing pandemics. Progress now requires humanity coming together not just as cities or nations, but also as a global community.”*⁵

Incluso si estos ambiciosos objetivos son consistentes con los intereses del imperio estadounidense, es evidente que Zuckerberg imagina un mundo en el que las soluciones no dependen del liderazgo mundial de los Estados Unidos, sino de las acciones de una “comunidad global” que se agrupa por actores no estatales como Facebook. La globalización moderna puede haber sido creada por el estado estadounidense, desde esta perspectiva, pero ahora es demasiado importante para dejarlo en manos de los Estados Unidos por sí solos para defenderla.

Todo esto hace que sea difícil para los gobiernos de Estados Unidos ejercer el liderazgo global, un problema exacerbado por la naturaleza disfuncional del sistema político estadounidense. Este problema, siempre agudo, se ha vuelto casi insostenible en los últimos veinte años, cuando los más calificados presidentes han luchado para construir apoyo bipartidista para políticas imperialistas. Sobre el comercio, el cambio climático, la seguridad internacional y los derechos humanos globales, el liderazgo estadounidense ha sido a menudo obstaculizado por divisiones ideológicas que se han recrudecido a lo largo del tiempo.

Parte del problema para los dirigentes estadounidenses han sido las dudas expresadas por una gran parte del público con respecto al excepcionalismo estadounidense. Si los Estados Unidos no son excepcionales, se puede argumentar, entonces hay menos justificación para que el país ejerza su liderazgo mundial. Y si los recursos económicos son limitados por los actuales compromisos imperialistas, entonces hay aún menos justificación para incrementarlos, de hecho, hay fuertes incentivos para recortarlos.

Estas dudas podrían haberse superado mientras la mayoría del resto del mundo estuvo listo para permitir a los Estados Unidos proporcionar liderazgo a escala mundial. Sin embargo, ya no es el caso. El grupo de aliados “leales” está disminuyendo y algunos países, una vez famosos por su deferencia a los Estados Unidos, están dispuestos a desafiarlo. Esto es, en parte, porque estos países se han vuelto más seguros de sí mismos y también porque han llegado a dudar de la capacidad del sistema estadounidense para ofrecer el tipo de liderazgo que desean.

Algo similar ha sucedido con rivales de los Estados Unidos fuera del imperio semi-global. La Federación de Rusia, el Estado sucesor de la Unión Soviética, fue descartado demasiado rápidamente como un jugador geopolítico. En primer lugar, tratado con aire paternalista por los Estados Unidos, Rusia nunca olvidó las humillaciones de la década de 1990 y volvió a reafirmarse en la escena internacional con cierto éxito. Aunque no puede coincidir con el estatus de superpotencia de la Unión Soviética, ha adquirido la habilidad de frustrar las pretensiones estadounidenses en numerosas áreas, mientras que ha construido una red de estados afines.

El más importante de estos estados es China, que ahora goza de una estrecha relación con Rusia después de siglos de intensa rivalidad. Como China cambió su obsesión por el crecimiento económico para convertirse en una importante fuerza geopolítica, ha chocado repetidamente con los Estados Unidos. Estas diferencias han sido hasta ahora manejadas pacíficamente, pero ambas partes están preparadas para la guerra. Si se usa la fuerza, sin embargo, Estados Unidos ya no será capaz de contar con una amplia gama de aliados. China ha sido muy exitosa en la comercialización de sí misma, al punto que es un poder creciente que otros países no desean desafiar.

La frase “imperio estadounidense” nunca se mencionó en las primarias presidenciales de 2016 y las campañas electorales, pero aún estaba muy presente. Las visiones de los Estados Unidos esbozadas por los candidatos tenían diferentes implicaciones para el proyecto imperialista. Una de las más ambiciosas fue la ofrecida por Hillary Clinton, que insistió en el excepcionalismo estadounidense y pidió una renovación del liderazgo de los Estados Unidos a nivel mundial:

*“The United States is an exceptional nation..... And part of what makes America an exceptional nation, is that we are also an indispensable nation. In fact, we are the indispensable nation. People all over the world look to us and follow our lead... When we say America is exceptional... it means that we recognize America’s unique and unparalleled ability to be a force for peace and progress, a champion for freedom and opportunity. Our power comes with a responsibility to lead... because, when America fails to lead, we leave a vacuum that either causes chaos or other countries or networks rush in to fill the void. So no matter how hard it gets, no matter how great the challenge, America must lead... American leadership means standing with our allies because our network of allies is part of what makes us exceptional.”*⁶

Aun así, esta visión no habría podido articular una estrategia de comercio que hubiese perpetuado la hegemonía estadounidense, sugiriendo que la retirada del imperio hubiese continuado incluso si ella hubiese ganado las elecciones presidenciales.

La visión alternativa esbozada por Donald Trump hizo hincapié en las limitaciones del imperio estadounidense tanto en términos de lo que había logrado para los ciudadanos de los EE.UU. y también en términos de las obligaciones impuestas al Estado-nación. Este fue el reconocimiento de que el retiro imperial estaba ya en marcha y continuará en el futuro. Aunque está llena de contradicciones e incoherencias, esta visión contó con el suficiente favor de los votantes para asegurar el triunfo y el apoyo en el colegio electoral que necesitaba para ganar.

El presidente Donald Trump puede haber luchado para aprobar su agenda nacional, pero la política exterior de su administración está ampliamente en línea con lo que se esbozaba en la campaña presidencial. En grandes temas de los asuntos internacionales, en particular, la lucha contra el cambio climático y los acuerdos comerciales multilaterales, Estados Unidos no intentará dirigir. En su lugar, esa función será dejada a otros con consecuencias previsibles para la decadencia del imperio.

Los aliados, especialmente en Europa, han sido aturridos por este cambio en la política estadounidense. Habiendo asumido que el imperio estadounidense podría continuar indefinidamente, ellos elaboraron sus políticas bajo el supuesto de que Estados Unidos seguiría siendo el líder mundial. Peor aún para ellos ha sido la actitud desdeñosa mostrada por la administración Trump hacia sus logros más preciados, en particular la Unión Europea y su firme compromiso con una solución de dos estados en el Oriente Medio. Estos aliados, es justo decirlo, están teniendo ahora que contemplar, por primera vez desde 1945, un mundo en el que los Estados Unidos no está allí para apoyarlos.

El retiro del imperio, por lo tanto, es cada vez más evidente. Por supuesto, ningún país todavía está preparado o dispuesto a tomar el lugar de los Estados Unidos y algunos lo han visto como prueba de que el imperio estadounidense puede y debe continuar como antes. Sin embargo, eso es una ilusión. Aunque no podemos estar seguros de qué país va a tomar su lugar cuando el imperio estadounidense se retire, el espacio liberado no puede fácilmente ser recuperado. Retiro imperialista corresponde con el deseo de una gran parte del electorado, no sólo los que votaron por el Presidente Trump, y ellos no desean que los Estados Unidos acepten la misma carga imperialista como en el pasado.

[La historia imperialista de América ha sido larga. Sólo ahora, sin embargo, a medida que entra en su fase final, reconoce plenamente lo que es y ha sido. El número de libros sobre el imperio estadounidense se está expandiendo todo el tiempo y agregando grandemente a nuestra comprensión.]

El imperio estadounidense no ha sido único, aunque ha tenido muchas características inusuales. El retiro imperialista, por lo tanto, encontrará algunos paralelismos con lo que ha pasado antes. Quizás el mayor error de Estados Unidos puede ser retrasar el retiro tanto como sea posible, con la esperanza de que algo cambie en el ínterin que podría permitir el restablecimiento de la hegemonía. Esto rara vez sucede en la historia, y sería muy poco probable en esta ocasión. Lo mejor es abrazar lo inevitable. La parte más difícil será abandonar la mentalidad imperialista, adquirida a lo largo de muchas generaciones. Sin embargo, como otros países han demostrado se puede hacer, los jóvenes en los Estados Unidos están liderando el camino.

NOTAS

- 1 “Un extenso territorio bajo el control de un soberano supremo ..., a menudo consistente en un agregado de muchos estados o territorios separados. En un uso posterior también: un extenso grupo de territorios sujetos en última instancia bajo el gobierno de un solo estado soberano. “
- 2 “Imperio no significa sólo la acumulación de tierras en el extranjero por la conquista. Y no significa sólo la imposición de regímenes autoritarios en los territorios de ultramar. El imperio es una forma de organización política en la que los elementos sociales que gobiernan el Estado dominante - la “patria” o la “metrópolis” - crean una red de élites aliadas en las regiones del extranjero que aceptan la subordinación en los asuntos internacionales a cambio de la seguridad de su posición en su propia unidad administrativa (la “colonia” o, en términos espaciales, la “periferia”) ... Estas élites entrelazan sus recursos económicos con el poder dominante y aceptan e incluso celebran un conjunto de valores y gustos que privilegian o defieren a la cultura de la metrópolis. “
- 3 “No buscamos imperios. No somos imperialistas. Nunca lo hemos sido. No puedo imaginar por qué has hecho la pregunta.”
- 4 “Por supuesto, disfrutamos de un imperio informal: bases militares, acuerdos de estatus de fuerzas, concesiones comerciales, corporaciones multinacionales, penetraciones culturales y otros favores. Pero estos son marginales al sujeto de control directo En sus días de gloria imperial, Roma, Londres, París, a pesar de las lentas y torpes líneas de comunicación, gobernaban realmente sus imperios. Hoy la comunicación es instantánea. Pero a pesar de la inmediatez del contacto, Washington, lejos de gobernar un imperio en el sentido antiguo, se ha convertido en el prisionero virtual de sus estados clientes. “
- 5 “Nuestras mayores oportunidades ahora son globales -- como extender la prosperidad y la libertad, la promoción de la paz y el entendimiento, sacar a la gente de la pobreza y la aceleración de la ciencia. Nuestros mayores retos también necesitan respuestas globales -- como acabar con el terrorismo, la lucha contra el cambio climático, y prevención de pandemias. El progreso exige ahora a la humanidad unirse no sólo como ciudades o naciones, sino también como una comunidad global.”
- 6 “Estados Unidos es una nación excepcional ... y parte de lo que hace que Estados Unidos sea una nación excepcional, es que también somos una nación indispensable. De hecho, somos la nación indispensable. La gente de todo el mundo nos mira y sigue nuestra dirección ... Cuando decimos que América es excepcional... significa que reconocemos la capacidad única e incomparable de Estados Unidos de ser una fuerza para la paz y el progreso, un campeón por la libertad y la oportunidad. Nuestro poder viene con la responsabilidad de liderar... porque, cuando Estados Unidos no lidera, dejamos un vacío que provoca el caos y otros países o redes se apresuran a llenar el vacío. Así que no importa lo difícil que sea, no importa cuán grande sea el desafío, Estados Unidos debe liderar ... liderazgo americano significa estar con nuestros aliados porque nuestra red de aliados es parte de lo que nos hace excepcionales”.